

hay en fin que alegan no buscar mas que las gracias del estilo, y que para ellos es un deber no desconocer producciones de que tanto se ha hablado ó se habla: ¡excusa llena de frivolidad!

Si, señores: todos aquellos que sin tener necesidad no reparan en leer obras contra la religion bajo del pretexto de que su fe es bastante firme, todos son imprudentes y temerarios. En efecto, por una parte nuestro entendimiento se rebela contra la sublimidad de los misterios del cristianismo, nuestra molicie nos inclina á desechar el yugo de sus preceptos, y nos es penoso sujetarnos á sus prácticas y á sus observancias, y por otra nuestros libros santos estan llenos de expresiones que por defecto de luces suficientes para explicarlas pueden facilmente confundirnos. Débiles y soberbios, indolentes y curiosos al mismo tiempo, nos vemos obligados á estar siempre alerta contra estas disposiciones secretas de nuestro corazon. ¿Pero lo haceis así vosotros? No, al contrario: en lugar de alimentaros con lecturas que fortifiquen vuestra fe, y os suministren armas para defenderla, buscáis todo lo que puede contribuir á debilitarla en vuestra alma, y á entibiar vuestro celo por sus intereses. ¿Qué! ¿creeis poder leer

ese cúmulo de sofismas con que la incredulidad impugna nuestros misterios, sofismas que acaso no sois capaces de descifrar suficientemente, sin recelar que un argumento sutil os deslumbrare con una apariencia de verdad, persiga vuestro entendimiento, le fatigue, y acaso llegue á entibiar vuestro corazon en el momento mismo en que mas deberia anonadarse ante la magestad del Dios tres veces santo? Leeréis un libro de máximas epicúreas, segun las cuales la moral cristiana debe pareceros intolerable en ciertos puntos á nuestra debilidad; y cuando ya lleváis con tanta dificultad el yugo de la simple ley natural, ¿no os sentiréis tentados á substraeros del de la moral mas pura y mas perfecta del Evangelio? ¿No es temible que una obra que ridiculiza y desprecia las prácticas mas reverenciadas de la piedad cristiana, y que se burla de la sencillez de los hombres instruidos que se someten á ellas lo mismo que el vulgo, no es temible que no inspire cierto disgusto hácia esas prácticas piadosas, y que por último vengais á mirarlas como devociones populares indignas de vosotros? Cuando en un libro en que se halla una mezcla de erudicion y de frivolidad, de sentimientos á veces respetuosos, pero tambien de bufonadas picantes, se os pre-



senten las santas Escrituras bajo de un punto de vista falso y odioso, ¿creéis que no podrá alterarse vuestro respeto hácia ellas? ¡Ah! temed si tocáis el fruto prohibido ser castigados aun mas severamente por vuestra curiosidad, y despues de haber dado el primer paso por imprudencia, parar por último en la apostasía. Yo quiero suponer que no llegue á apagarse vuestra fe; pero solo despedirá una luz pálida y sin calor.

Desconceptuadas á vuestros ojos las verdades sagradas, perderán mucha parte de su imperio sobre vuestro corazon. El convencimiento es lo que da fuerza al alma, y cuanto mas vivo es y mas profundo, mas inspira resoluciones generosas. El hombre que duda para nada es bueno: desde el momento en que vacila está ya medio vencido, y su conducta es débil como sus opiniones: sus obras serán lánguidas como su fe, y si el árbol no llega á secarse hasta la raiz, dejará á lo ménos de dar fruto.

¡Pero no será permitido, se dirá, saber lo que los enemigos de la religion alegan contra ella? Examinemos esta segunda excusa. No es ciertamente el cristianismo una religion de tinieblas; al contrario ama la luz porque nada tiene de que avergonzarse con respecto á su origen, á

sus propagadores, á su doctrina, ni á sus conquistas; los vicios de muchos de los que le profesan, no manchan la pureza de sus máximas, así como los vapores de la tierra no manchan los rayos del sol; y sus mismos discípulos dejan de ser dignos de este nombre desde el momento en que empiezan á ser viciosos. Lo que le obliga á lamentarse y en lo que funda sus justas quejas, es la indolencia de aquellos que encuentran mas cómodo condenarle sin haberle oido: nuestra sumision es la de un ser inteligente que cede á la verdad, y como ha dicho el mas grave de los oradores cristianos, nuestra fe debe ser racional. ¿Y cómo podria serlo si no interviniese en ella la razon? Examinemos pues; pero caminemos con precaucion, y no llamemos exámen lo que solo seria un vano simulacro suyo. Unos queriendo examinar la religion, hacen sus delicias de los libros contra ella, y los hacen materia de sus conversaciones, deseando fortificar las impresiones que han excitado en ellos, por medio de las que han experimentado los que pueden tambien haberlos leído; pero semejantes al juez inciuo cuyos oidos siempre abiertos á los clamores altaneros del acusador estuviesen constantemente cerrados á la voz modesta del acusado, jamas hojean los libros de



sus apologistas, ni procuran conocer las refutaciones victoriosas de las dificultades que los detienen: este es un exámen lleno de parcialidad y de injusticia. Dominados otros por una presuntuosa confianza, desdeñan las luces ajenas, y creerian humillar su inteligencia consultando á los doctores de la ley, á lo que se sigue erigirse en árbitros supremos sobre todas materias, y aun ser algunas veces tanto mas desdeñosos cuanto debieran ser mas modestos. El de estos es un exámen lleno de debilidad. Muchos en fin, temiendo convencerse de la verdad de una religion pura en sus preceptos, la estudian con cierta secreta prevencion á favor de cuanto la combate, y contra lo que está consagrado á su defensa, queriendo así substraerse á la luz de la verdad para evadirse de los deberes que impone, y como dicen nuestros libros santos, no comprender para estar dispensados de obrar bien. *Noluit intelligere ut benè ageret* (1). Si vuestro exámen es de cualquiera de estas clases, ¿qué confianza puede inspiraros? El secreto para conocer la verdad es desearla: el que la ama la encuentra: ella se muestra á los corazones puros, pero se oculta á los sober-

(1) Ps. XXXV. 4.

bios, y castiga sus desprecios injuriosos dejándolos en las tinieblas del error.

Decís que quereis examinar la religion, enhorabuena; pero discutid sus pruebas para sentir su fuerza, pesad los testimonios para darles su verdadero valor, haced callar las pasiones que os ofuscan, consultad en vuestras dudas, y aclarad vuestras dificultades. Decís que quereis examinar la religion. ¡Ah! no, no lo quereis, pues practicais precisamente cuanto puede haceros caer en la incredulidad ó confirmaros en ella. Buscáis el conocimiento de nuestros libros santos, de nuestra doctrina, de nuestras tradiciones, de nuestro culto en escritos llenos de hiel y de acrimonia, de obscenidades y de blasfemias, y tal vez en los comentarios licenciosos y jocosos de Voltaire; y cuando ya habeis bebido en ellos el tedio y el desprecio hácia la religion, es cuando os ocurre la idea de consagrar algunos momentos á la lectura de sus apologistas; pero entónces ya os fastidia lo que es grave, sólido y profundo. Me serviré de algunas comparaciones para haceros conocer cuan extraña es vuestra conducta.

Figuraos, por ejemplo, un jóven que despues de haber concluido sus estudios en alguna de nuestras provincias, llega á esta capital para



aprender ese arte tan complicado y tan difícil, tan precioso y al mismo tiempo tan temible, el arte de curar. ¡Pero qué hace para esto? Empieza leyendo todas las sátiras así antiguas como modernas contra los médicos, y todo lo que puede persuadirle que la medicina es un arte frívolo y conjetural, un arte fundado en la ignorancia y en la credulidad, y ejercido por charlatanés en algunos alucinados, que demasiado frecuentemente son víctimas suyas. Lleno de estas ideas, é imbuido en todas estas preocupaciones, recorre rápidamente algunos libros científicos, habla de ellos con algunos compañeros de su misma edad, ménos para darse mutuamente una razon formal de ellos, que para hacerlos objeto de sus burlas, limita á estos sus estudios, y vedle ya en su concepto hecho médico: esto no será, si quereis, mas que una fábula; pero es una pintura fiel de aquellos jóvenes que para conocer la religion, la estudian en los libros de sus enemigos, cuyos escritos son frecuentemente tan licenciosos como impíos.

Suponeos vosotros mismos constituidos por profesion defensores del huérfano y del oprimido; suponed que una viuda desamparada os confia la defensa de sus intereses y de los de sus hijos, y que depositando su confianza en

vuestro celo pone en vuestras manos los documentos que deben hacer triunfar su causa; pero que vosotros en lugar de estudiarlos con cuidado y de penetraros bien de su contenido, apenas os dignais reconocerlo ligeramente, y os entregais por el contrario á un exámen profundo de cuanto pueda alegarse contra aquella á quien debiais defender, sin pensar en los medios de rechazar los ataques. Entre tanto llega el dia de la defensa, y veos aquí delante de vuestro contrario como un soldado inerme delante de su enemigo. ¡Y podréis entónces sostener el choque con ventaja? Y si la buena causa sucumbe, ¿á quién se deberá acusar? Esto no es mas que una comparacion; pero comparacion que quizá encuentre su aplicacion en este auditorio.

Decís en fin que en esos libros solo buscáis las gracias del estilo; pero en este caso es preciso decir que os atraen mas algunos adornos frívolos, que no os horroriza la blasfemia, y que los enemigos de Dios dejan de serlo para vosotros desde el momento en que tienen el arte de divertirlos. Vosotros sabeis que entre el autor que agrada y el autor que seduce hay una distancia muy corta; tampoco ignorais con cuanta facilidad nos dejamos persuadir por aquello que nos gusta; y sin embargo, el deseo de leer algu-



nas agudezas y algunas frases brillantes ha de contrapesar en vosotros y aun haceros olvidar los grandes intereses de las costumbres y de la religion. ¡Qué! os ha de arrastar una curiosidad funesta á conocer por vosotros mismos lo que no podeis conocer sin peligro! Si llegasen á vuestra noticia los estragos que en alguna parte hiciese una peste cruel, ¿no os contentaríais, decidme, con aplaudir la conducta de aquellos que por su profesion ó por su celo socorriesen á los desgraciados tocados del contagio? ¿Iríais acaso por mera curiosidad á aquellos mismos sitios á respirar el aire inficionado para hacer su experiencia en vosotros mismos? Buscáis, decid, las gracias de la diction; ¿pero no ofrecen los siglos de Pericles, de Augusto y de Luis XIV, las ciencias y las letras, la poesía y la elocuencia, las relaciones de los viageros, la historia de los hombres y la de la naturaleza, y por último los libros santos con sus bellezas originales y su magestuosa sencillez, no ofrecen, digo, una coleccion de bellezas puras, capaces de satisfacer el entendimiento, la imaginacion y el corazon, de agradar á todos los gustos y hacer deliciosos todos los instantes de ocio? ¡Bien avaros á la verdad deben ser aquellos para quienes no basten estos tesoros!

Os he manifestado todo lo que me parece condenable en los autores de libros contra la religion, en sus propagadores y en sus lectores, y ya habeis debido conocer cuales son los funestos efectos de semejantes producciones impías y que deben ser miradas como los enemigos mas peligrosos de la sociedad.

Si, señores; esa constante circulacion de escritos y de libelos perversos que predican todos los dias la rebelion y la impiedad, es una conspiracion permanente contra el altar y el trono, y es lo que nos haria desesperar de la salvacion de la patria, si el cielo no se hubiese declarado á favor de la Francia por medio de tantos milagros. Es cierto que en ninguna época ha estado mas extraviada una parte de la juventud que en nuestros dias; pero tambien lo es que jamas otra parte de ella ha sido mas fiel y animosamente cristiana. Hace mucho tiempo que la verdad y la mentira, el cristianismo y la incredulidad, la rebelion y la autoridad, estan en un terrible combate: el bien y el mal se estan siempre acechando, aquel con todo lo mas heroico que puede tener, y este con todo lo mas perverso de que es capaz. ¿Por quién pues quedará la victoria? No lo dudeis, señores; el triunfo se declarará por Jesucristo y sus fieles



adoradores, por el trono legitimo y por sus fieles súbditos: lo que aun en medio de presagios funestos decíamos hace algun tiempo, eso mismo repetiremos hoy con mucha mayor confianza en vista de los prodigios de misericordia de que hemos sido y somos testigos todos los dias.

No, no perecerá ese trono que tantos reyes sabios, valientes y piadosos han hecho digno de la veneracion del mundo entero, ese trono querido de Dios y de los hombres, que despues de haber resistido por espacio de catorce siglos todos los vaivenes de la fortuna y del tiempo, parece no haber sido abatido sino para hacer resaltar con mayor esplendor la predileccion con que le mira la Providencia.

No se extinguirá esa casa augusta necesaria al reposo de la Europa, y á la cual ha dado el cielo un vástago milagroso, como una nueva prenda de su alianza con ella.

No morirá esta Iglesia de Francia, ilustre entre todas las Iglesias, hermosa en los dias de su prosperidad, y mas hermosa aun en los dias de su tribulacion: triunfará de los insultos presentes de sus enemigos como ha triunfado de sus furores pasados, y de la pluma de los sofistas como de la cuchilla de los verdugos. Pueda la sangre de sus obispos y de sus sacerdotes der-

ramada por la fe, ser como una semilla de nuevos obispos y de nuevos sacerdotes, que uniendo el brillo de la ciencia al de las virtudes, conserven las buenas costumbres y aseguren el triunfo de las buenas doctrinas para la felicidad así temporal como eterna. *Así sea.*